



CUENTO DEL SÁBADO

LA RISA Y EL MATRIMONIO

SERÁ acaso la risa uno de los grandes enemigos del matrimonio? Hemos tenido ocasión de imponernos de una serie de casos que llenan á contestar afirmativamente la extraña pregunta anterior. En honor á la verdad, es preciso hacer notar, ante todo, que ellos están en íntima relación con la gravedad característica de la raza sajona y con el espíritu de originalidad que impera tan poderosamente en todos sus miembros.

Se ha presentado hace dos meses á los Tribunales de Pittsburg un distinguido químico de esa ciudad, mister Archie Fraser, que pide se le divorcie de su esposa, en atención á que ésta, con sus carcajadas ruidosas y frecuentes, le impide dedicarse con la contracción necesaria á las investigaciones y experimentos de los importantes estudios que tiene iniciados. Declara que no es posible que la risa de una mujer le cierre el camino de una de las más altas nombradías científicas.

En Londres, casi al mismo tiempo, una pareja ha debido separarse para siempre en las gradas mismas del altar, debido á un intempestivo estallido de alegría femenina. Momentos antes de verificarse la ceremonia en una capilla del East End, llegaron solemnemente en un destartado carruaje de cuatro ruedas, que parecía extraído de un museo, el padre y la madre del contrayente.

Pertenecían ambos á la clase de los honrados y modestos tenderos de barrio. En su ignorancia de las costumbres sociales, se habían vestido de ceremonia en la forma más ridícula que era posible imaginarse. Y la novia no pudo contenerse al verlos. Su ruidosa risa, tan contagiosa como expansiva, se apoderó de todos los presentes, incluso del sacerdote.

Una vez dominada la carcajada general, el novio declaró que estimaba imposible casarse con una señorita que se habla hurlado en público de sus padres. Y todos debieron retirarse.

En Birmingham ha dado cuenta la prensa de algo análogo. El padre del novio, un caballero en extremo divertido y alegre, llegó de las colonias el mismo día de la ceremonia. Fue presentado á la novia al subir al coche en que debían hacer juntos el camino hasta la iglesia.

El caballero estaba de un humor espléndido. Empezó á contar una serie de anécdotas y de historias que blistaron desternillar de risa á la que en breves momentos iba á ser su nuera.

El cómico suegro, viéndose con tan buen público, continuó con sus gracias en el interior de la iglesia, sin fijarse en los gestos desesperados de su hijo.

Pasaron varios minutos y la ceremonia no podía verificarse, porque la novia, verdaderamente convulsionada por la risa, no hacía caso de nada.

Finalmente, el novio concluyó por desesperarse, y tomó las de Villadiego, dejando á todos en la iglesia para que se desenredaran, como mejor pudieran, de esa situación.

Pero pocos días más tarde, el casi suegro, que era viudo, llegó á convencerse de que era preciso premiar á una mujer que, por celebrar su talento cómico, había sacrificado su porvenir. Y se casó con ella.

Rufus E. Hackett, de Filadelfia, puritano en extremo austero, desaprobaba la alegría humana como una irreverencia imperdonable. El buen humor de su prometida le causaba en especial grandes sinsabores.

Un día concluyó por declarar que, á menos que ella no refrenara su alegría tan comunicativa durante los tres meses que faltaban para la ceremonia, tendría el sentimiento de no hacerla su esposa.

La pobre joven, esclava ya de los caprichos de su novio, hizo prodigios por observar la más seria y austera de las conductas, dominando, á costa de grandes esfuerzos, la propensión de sus nervios hacia el buen humor.

Pero en la mañana misma del día fijado se olvidó momentáneamente de su promesa, y se rió delante de Mr. Hackett. Por cierto que nunca pudo encontrarse medio de reanudar las relaciones entre ambos. El sombrío puritano se negó en absoluto á perdonar lo que para él constituía una infidelidad inaudita.

En Hampstead Road, durante una ceremonia religiosa, la novia, que se encontraba en extremo nerviosa, no pudo contenerse y comenzó á reír con pequeños gritos ahogados, convulsivamente. El oficiante no pudo continuar cumpliendo el ritual. Entonces el novio, creyendo que se trataba de una ligereza de carácter, reprendió tan duramente á la joven, que su nerviosidad degeneró en un ataque histérico.

Cuando ella se repuso, se separaron sin casarse. Ella pensó que él tenía muy poco corazón y una dureza terrible de carácter. Por su parte, el novio, chasqueado, se retiró, manifestando que no podía dedicar su vida entera á una mujer tan frívola.

En 1887 causó gran sensación el incidente en que fue protagonista uno de los grandes abogados de Edimburgo, que entonces se encontraba en el apogeo de su carrera.

Acababa de terciar con gran brillo en el proceso judicial seguido á una mujer llamada Magdalena Smith,



—Te doy mi enhorabuena. ¿Es cierto que estás como encargado en un almacén?

—Respectivamente. Como encargado... de hacer la limpieza.

que había envenenado á su marido, Emile L'Angelier, al día siguiente de casarse.

A su entrada en la iglesia, una ocurrencia del abogado hizo reír á su prometida. Esa risa le causó una profunda impresión de horror. Había resonado en sus oídos con todo el timbre, con todo mimo, el metal de la risa de la mujer asesina de su marido, que acababa de ser condenada á muerte.

No pudo soportar tan fatal parecido, y medio loco de desesperación, abandonó la iglesia, sin hacer caso de las observaciones de sus parientes, que le aconsejaban un instante de calma.

Un año atrás la risa fué causa de un trágico incidente en un matrimonio que se celebraba en Bruselas. Durante la fiesta, que se celebraba en casa de la desposada, un invitado, hombre de gran «sprit», dijo un «calembour» que produjo la hilaridad general.

Pero esta hilaridad fué trágica. La recién casada rió con tanta fuerza, que se le reventó una vena. El autor del chiste fatal era un gran cirujano, que la atendió desesperadamente. Pero la delicada constitución de la joven se rindió en pocas horas, y los invitados á una fiesta debieron convertirse en testigos de un duelo desgarrador.

Preciso es confesar, sin embargo, que los latinos estamos fuera de la ley escéptica, que un gran periodista humerístico inglés pretende fundar, apoyándose en análogas incidencias.

Formamos parte, felizmente, de una raza en que la risa es considerada como un tesoro del alma, como una de las expansiones cristalinas más deliciosas del espíritu, raza que, naturalmente, haorá de compadecer á los que desconocen ó odian tan alegre facultad.

Al regresar Antón de vender vino le salieron ladrones al camino; y aunque les exhortó, muy elocuente, le dejó sin un perro aquella gente...
¡Con hombres de conciencia no malgastes, oh Fabio, la elocuencia!

Paseando á su hijo Juan Tirado atrapó la otra noche un constipado; en cambio, la niñera de Luis Rama pasea al chico y él se está en la cama...
¡Esto prueba que son, oh buen Fabricio, útiles las criadas de servicio!

Perdió Amós, por tener dolor de muelas, ciertas oposiciones para escuelas...
¡Si quieres evitar inconcontentes hazte arrancar las muelas y los dientes!

De un pueblo inmediato á Madrid vino un labrador, y trajo encargo del alcalde para un pintor que debía hacer el cuadro de San Sebastián para la iglesia mayor del pueblo.

El pintor se enteró del asunto y le dijo al labriego: —Está bien: dentro de dos meses estará el cuadro acabado. ¡Ah! ¿Cómo quieren que pinte el santo? ¿Vivo ó muerto?

El labriego se rascó la oreja, luego la cabeza, y por último exclamó:

—Mire usted, lo mejor es que lo pinte usted vivo, porque si les gusta muerto, que se encargue allá el señor alcalde de matarlo.



—Agapito, me voy á la cal'e.

El (distruido).—Ten cuidado, que ya salen los laceros.

FOR DISTRAIDO



1.



2.



3.



Marquez

4.

—Mamá—decía el niño—, ¿por que en Madrid hay tantos osos y aqui ninguno?

—Hijo, aqui también hay, pero no son de la clase de los que tú preguntas.

—Y los osos, ¿son fieras?

—Si tal, y de las más temibles.

—Entonces, ¿por qué anda suelto el novio de mi hermana?

—¿Qué hace usted, caballero?—dijeron unas señoras de bastante edad a un joven que estaba parado en la puerta del Museo de Pinturas.

El joven las miró, se inclinó hacia ellas y dijo:

—Estoy viendo antigüedades.

He aquí cómo se defendían dos acusados de robo delante del tribunal:

Un capitán de ladrones.—Advierta el tribunal que ese robo lo hizo mi teniente sin que yo tuviera el menor conocimiento del golpe. Yo no soy culpable.

El teniente.—Es cierto que se hizo el robo, pero se hizo por servir al capitán, mi jefe. Yo soy incapaz de robar por cuenta mia; luego yo no soy culpable.

Hasta cuando se pelea es avaro Juan Lechuza; le dan cuatro bofetadas y no devuelve ninguna.

En la estación del Norte.

Un baturro se presenta ante la taquilla seguido de un perro.

Después de haber tomado un billete de tercera le dice el empleado:

—El perro también paga.

—Bueno; pues deme medio billete para él.

—¿Medio billete?

—Sí, señor; no ha cumplido todavía los siete años.

Un avaro encontraba muy caro el precio que por su retrato al óleo se le pedía, y dijo al pintor:

—¿Qué rebaja me hará usted poniendo yo el aceite?



—¿Cómo has limpiado esa botella?
—Como todas: ¡con la servilleta!



En una Exposición:

—Lo admitiré al concurso si me ofrece mil pesetas, caso de que obtenga un premio.
—¡Pero, señor! ¿Y esto es arte?
—¡Sí, hombre; el arte de Raffles.



—Pero, ¿has visto ese chiquillo? No escarmenta con nada.
—Pues castígale.
—Si no sirve. Ayer le tuve tres horas metido en la mano, y cuando lo saqué, pues nada, ¡tan fresco!

Un embustero de á folio fué invitado á comer en casa de uno de sus mejores amigos.

Hechos los platos que sirvieron á la mesa, contaba como el más sabroso uno que se componia de los ligados de ciertas aves cebadas expresamente para regalo del dueño de la casa.

Esto fué origen de que se pusiera á discusión cuál de las aves era la más exquisita.

Cada cual dió su parecer sobre el asunto, y sólo faltaba que lo diese nuestro héroe, cuando exclamó con aire compasivo:

—Os engaÑáis.

—¿Por qué?—preguntaron todos.

—Porque entre las aves que nombrasteis no existe la más delicada.

—¿Cuál es entonces?

—¿Cuál es? ¡El loro!

Una estrepitosa risa ahogó sus palabras; pero sin desconcertarse añadió:

—He comido su carne por una rara casualidad, y os aseguro que es la más exquisita.

—¿Y cómo ha podido ser eso?

—Muy fácilmente; de la manera que voy á deciros si no lo lleváis á mal.

—Ya oímos.

—Mi mujer era muy aficionada á los animales, por cuya razón se casó conmigo, pues la pérdida de un perrito faldero que tenia dió origen á nuestras relaciones.

Una vez casados, regalaron á mi mujer un gato y un loro.

Este último nos acompañaba siempre á la mesa; pero he aquí que un día lo buscamos, y no pareció. ¿Dónde se había metido? Esto era un misterio; misterio que no tardó en desvanecerse, pues vimos entrar á la cocinera gritando: ¡Milagro, milagro!—¿Qué ha sucedido?—le pregunté.—Que han sacado de la sartén la gallina, y han puesto en su lugar al loro, pues acabo de encontrarla destrozada á la primera cuando ya ustedes la habian comido.

Entonces lo comprendi todo: el gato, á un descuido de la cocinera, sacó la gallina de la sartén al propio tiempo que pasaba el loro, y sofocado por el humo cayó en ella para que nosotros gustásemos de un exquisito manjar.

Los concurrentes hacian esfuerzos heróicos para no reirse, cuando uno de ellos interrumpió al narrador diciéndole:

—Me extraña mucho que no conociesen ustedes al loro en las plumas.

—Hombre—replicó el otro,—¡qué diablos habíamos de conocer si estaba *yelechando*!

—¿Qué motivos alega usted para la exención del servicio?—le preguntó el presidente.

—Padezco una grave enfermedad.

—Pase usted al gabinete.

Nuestro hombre entró en una habitación inmediata, donde le desnudaron de pies á cabeza. En seguida volvió á presentarse delante del tribunal, como nuestro primer padre antes de comerse la manzana.

—¿Qué enfermedad tiene usted?

—Soy corto de vista.

Se hablaba en una tertulia de una buena anciana que había en el Hospital de las Incurables de Madrid, la cual contaba la envidiable edad de ciento diez y siete años.

—¡Eso les admira á ustedes!— dijo uno—. ¡Si mi bisabuelo no hubiera muerto, tendría hoy más de doscientos años!

Un canto épico Clemente ha publicado, y se enfada porque le dice la gente que eso no es canto ni nada.

Pero yo no extremo tanto la crítica y aseguro que es canto... ¡No ha de ser canto, si en él todo verso es duro!

Un oficial dijo á su asistente:

—Esta noche quiero cenar un par de huevos pasados por agua.

—Está muy bien.

Por la noche los huevos fueron puestos en la mesa: estaban duros como piedras.

—¡Así cumples mis órdenes, bergante?

—Si están duros no es culpa mía, señorito; han estado cociendo más de dos horas.

Un andaluz hizo á un íntimo amigo suyo la siguiente manda:

«Item, lego á mi querido N. N. una fanega de tierra en tal parte; y si le parece poco que ahonde.»

A propósito de capas.

Cierto filósofo, espontáneo ó forzoso, llevaba el invierno pasado una capa llena de agujeros.

—¡Tendrá usted mucho frío con ella!—le dijo un amigo.

—¡Ca, no señor!—repuso el pobre diablo—. ¡No ve usted que como está tan rota, el frío que entra por un agujero sale enseguida por otro!

Gedeón describe sus particularidades y escribe lo siguiente:

«Pelo negro; nariz regular; boca regular; ojos regulares; barba regular.

»Señas particulares: se parece mucho á su padre.»



—Y cómo no lo has mandado á la Exposición?

—Hombre, es demasiado mediano.

—¡Qué importa! Pues así no hay pocos...

El dueño del restaurant á su esposa:

—Te he dicho más de cien veces que no debes salir á nuestro perro al comedor. Todos los parroquianos le dan siempre algo de comer, y no estoy porque se envenene el mejor día.

CANTARES

Si alguna vez se perdiera el retrato de tu cara, búscalo y lo encontrarás en el fondo de mi alma.

El sabio que se flía de una hermosura, por más luces que tenga se queda á oscuras.

Que, en estos casos, se igualan á los necios aun los más sabios.

¡En tu amor no he de creer!
¡No lograrás engañarme!
¡Tu corazón es muy chico
y el amor es cosa grande!

En una Exposición de pinturas:
El niño. — Papá, compra el librito.

El padre. — No quiero; es muy caro. Cuesta una peseta.

—Pero así nos enteraremos de lo que veamos.

—Me da pena gastar tanto dinero. Aguárdate unos días y lo tendremos más barato. Cuando la Exposición se cierre se venderá á diez céntimos.

Defendiendo un abogado á un dependiente de comercio, acusado de haber sustraído géneros de la tienda de su principal, exclamaba:

—No es al desgraciado á quien

veis en ese banquillo á quien hay que castigar, sino al dueño del establecimiento que, al descuidar la vigilancia de sus mercancías, ha tendido un infame lazo á mi defendido.

Un sastre va por quinta vez á llevar una cuenta á un parroquiano mal pagador, el cual le repite que por ahora no le pueda pagar ni un céntimo.

A lo que el sastre contesta:
—Crea usted que estoy cansado.
—Bautista—interrumpió el parroquiano—, acércale una butaca á ese señor.

Un ávaro sencilló terminó así una carta:

«Tenia intención de franquear la carta, pero no lo pensé sino después de haberla depositado en el correo.»

El instinto de las bestias.—Humboldt, el célebre naturalista, ha descrito la zozobra de las bestias durante las vigiliás de las grandes catástrofes.

Respecto de este punto es de notar que quince días antes del desas-

tre de la Martinica, y mientras los sabios alejaban como vano todo temor, muchas personas fueron sorprendidas por las emigraciones de lagartos y serpientes que bajaban presurosos del monte Pelado.

Los hombres de ciencia no vieron más que el fuego.

Iba el pobre Marcelino
Por vino con dos botellas,
Que estaba barato el vino;
Y, como eran grandes ellas,
Rompió la una en el camino.

Y era su amo un baladí
Que armó una marimorena:
—¿Cómo la rompiste? Di,
—¿Cómo he de romperla? Así;
Y arrojó al suelo la buena.

Un escritor, tan vanidoso como insustancial, decía á un amigo suyo:

—Aquí, en esta quinta donde vivo, fué donde nací y donde también moriré. ¿Qué pondrán en ella cuando yo haya dejado de existir?

—Pues, hombre: «Quinta para alquilar.»



—¿Le entregaste el ramo á la señora marquesa?

—Sí, señorito.

—Y ¿qué te dijo?

—Ella, nada; se lo entregó á un joven que estaba á su lado, y éste me dió una peseta de propina.



—Dicen que soy usurero, pero no siempre tienen razón. El día que presto, soy salvador; cuando cobro es únicamente cuando soy usurero.

En una reunión de personas distinguidas un caballero dice á una señora:

—Su amiga de usted tiene una memoria prodigiosa.

—No tanta como usted asegura—contesta la señora.— Pregúntele usted la fecha de su nacimiento, verá cómo no la recuerda.

Hombres que comen tierra.—En Nueva Amberes (Congo Belga) los indígenas son muy ávidos de la tierra de su país. La Naturaleza la ha prodigado en abundancia, y sus cualidades nutritivas son excelentes; tiene olor agradable, y sus elemen-

tos químicos esenciales son el hierro, sodio, óxido de aluminio y ácido silícico. Hoy se tiene ya por un hecho la existencia de arcillas comestibles en China y el Japón.

¡Lástima que las inmensas llanuras de Castilla no se vean provistas de tan buenas cualidades!

Rodríguez toma todas las cosas con la mayor indiferencia.

Y esto es una suerte.

Como que su carácter es la envidia de todos sus amigos.

Una noche se despierta sobresaltado al oír las campanas de la torre cercana que tocan á fuego.

Abre el balcón y procura adquirir informes.

—¿Dónde es el fuego?—pregunta al vigilante.

—En una lechería.

—En ese caso nada hay que temer. No estará lejos el agua.

Y se vuelve á acostar muy tranquilo.

Un joven muy distinguido, enamorado de una corista, la escribe una carta que comienza así: «Señorita. Yo, la verdad, no estoy acostumbrado á hacer declaraciones á mujeres de vida alegre como usted, pero... etc.»



Murmuración:

—Es una chica que todo el día está entre pantalones; les tiene gran afición.

—¡Claro; como que es pantalonera de oficio.



—¡Qué exagerada es la prensa! Hoy que voy á toda velocidad no he atropellado todavía más que á dos personas.



—Niña, ¿está contenta de ti el maestro?

—¡Ya lo creo!

—¿Te lo ha dicho él?

—No; pero el otro día dijo, mirándome de reojo: «Si todas mis discípulas fueran como esta niña, cerraba en seguida la escuela.»



—No sé para qué se casan ustedes los marinos, que tan pronto están en América, dejando en tierra á la señora.

—Es muy sencillo: porque solemos tener una mujer en América y otra en Europa.

¡ Hace días, en una reunión cursi, sacaron á un caballero en la casa de unas señoras una jicara de chocolate tan pequeña, que sería del tamaño de un huevo de paloma.

El caballero dijo á la criada:

—Muy buena está la muestra; tráigame usted de lo mismo.

— Al pobre de Luis Almagro, que ya de hambriento ni escribe, le dije: ¿Usted de qué vive? Y respondió: ¡De milagro!

Mi amigo López tiene un hijo muy tonto.

—Diga usted, señor maestro— preguntó el otro día en el colegio:— ¿por qué las gallinas negras ponen los huevos blancos?

Dijo Agustín á Joaquín:

—¿A dónde mañana irás?

—A la feria de Albaicín á comprar un buen rocín.

—Pues allí me encontrarás, respondió al punto Agustín.

Entre ama y criada:

—¿Qué harías—preguntaba la señora á su doméstica— si tocases el piano como yo?

—No me desanimaría, y seguiría estudiando hasta que lograra tocar medianamente.

Falso es el duro, bribón, vuelve con él á tu madre.

—¡Cómo falso, don Antón, si lo hizo anoche mi padre!

(1)



—Desearía que me pintara usted un retrato a óleo; pero tiene que hacerme usted clavado.
—Sí, señor; descuide usted.

(2)



—...¿Clavado? ¡Vaya un capricho. En fin, manos á la obra.

(3)



—Ha salido que ni hablando. ¡Lástima da ahora tener que acceder al capricho de su dueño.

(4)



—A ponernos un poco decente...

CONSEJO

Aprende, porque el saber los bienes hace crecer; ó todos harán ganancia explotando tu ignorancia.

José Badenas y Segarra.

En el colegio:

—¿Quién es Dios?

—Mi papá.

—¿Cómo su papá!

—Sí, señor; porque mi mamá, por las noches, dice: «Con Dios me acuesto; con Dios me levanto...»

José Velarde.

A un jorobado preguntóle uno:

—¿De dónde eres, corcovado?

—De las espaldas;—contestó.

—Venga usted corriendo, que á su mujer le ha dado un vahido y está sin habla.

—Déjenla ustedes—contestó el esposo,—que si eso dura será la mejor mujer del mundo.

(5)



... y pian, pianito, á entregar la obra.

(6)



—¿...?
—Pero, ¿qué ha hecho usted? Si eso parece la criba de Eratóstenes.
—¡Como me dijo usted que lo hiciera clavado!

En una tertulia, un joven ameno distrae á la concurrencia imitando la voz de varios animales, y alcanzando éxito extraordinario con el rebuzno del asno.

Todo el mundo le felicita, y un contertulio, más lisonjero que los demás, le dice:

—¡Cómo rebuzna usted! ¿Pero de veras no es más que una imitación?

En un Tribunal:

El presidente.—¿No se avergüenza usted?

El acusado.—¿De qué?

El presidente.—Es ésta la vigésima vez que viene usted á este sitio.

El acusado.—¿Y eso qué importa? ¿No viene usted también todos los días?

Matrimonio del día:

—Señorita, la amo á usted, y deseo que sea usted mi esposa.

—Hable usted con mis padres.

—Ya lo he hecho, y acaban de darme el consentimiento de usted.

Marquez



El.—*Dígame con franqueza. ¿Le gustaría á usted ser mi esposa?*

Ella.—*Su esposa, no; su viuda, sí.*

Decía un caballero en una reunión que tenía mucho flato. Su explicación era tan extravagante, y tan exageradas sus palabras, que un médico célebre que le escuchaba no pudo menos de decirle:

—Caballero, ó no sabe usted lo que es flato, ó no es tal enfermedad la que padece.

—Yo, señor mío—contestó el supuesto enfermo,—no sé lo que significa tal palabra; pero oigo todos los días al marqués N., mi amigo, decir lo que tiene; y siendo yo tan noble como él, no puedo dejar de tenerlo.

—¡Ah! es verdad—replicó el médico.

Una palabra oportuna.

Una señora de provincia tuvo que hacer un viaje á la corte en el mes de agosto.

Preguntándole uno cómo estaba, respondió:

—¡Calle usted, si en Madrid hace un calor tan *opiparo!*

Debajo de tu ventana hay un ramito de olivo, un manojito de esparto y un sarmiento florecido.

El esparto es que me aparto, el olivo es que te olvido, y el sarmiento me arrepianto del tiempo que te he querido.

Era borracho Mejía; siempre beber procuraba, y á medios pelos estaba de noche, como de día.

Ayer hizo un desatino: tenía las botas rotas, y al salir á comprar botas, fué y se las compró... ¡de vino!



—*He estado enfermo del pecho, y ¿sabes cómo me he curado? Pasando seis meses en una cuadra, entre los animales.*

—*Lo comprendo. Para esas enfermedades no hay nada como la vida de familia.*

Pasaba un caballero muy bien trajeado por una calle, cuando una criada, que había recibido carta del pueblo, se le acercó diciendo:

—Caballero...

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Sí tal.

—Pues léame usted esta carta que acabo de recibir de mi familia.

El caballero cogió la carta, la abrió, la miró atentamente y comenzó á llorar. La criada, viendo aquel llanto, creyó que lo motivaba alguna desgracia de su familia, y se echó á llorar también. Un aprendiz de remendón que enamoraba á la chica y esperaba para casarse con ella la licencia de los padres, creyó que se la negaban, y prorrumpió también en llanto.

—Pero, caballero—preguntó por fin la criada.—¡Hable usted, por Dios! ¡Escribe mi padre que se ha muerto?

—¿Qué me importa á mí su padre! Lloro porque un caballero tan elegante como yo, ¡asómbrese usted! no sabe leer.

CARTA DE UN POLÍGLOTA

Te escribo, querido tito,—aunque no lo has de entender,—á fin de que puedas ver—que soy un poco erudito.—En las lenguas que he cursado—y en las que al acaso oí,—lo suficiente aprendí—para hablarlas de contado.—Je commenceré en française—et te dire en cet moment—que je me trouve charmant—et tres sabijonde après.—En italiano, me explico—con más propiedad que Dante:—lo sonno un signor, bastante di las romanas amico.—El latín es mi recreo;—que en cuanto á estudiar me puse—ya hablaba yo el *musa muse*—y el gloria in excelsis Deo.—¡Pues y el caló!... Mia, chorré,—no haga sacabuche má,—que er chiné dique-lará—è irás al estaribé.—El inglés, debo advertir—que ya estoy harto de inglés;—mas diciendo á todo eyes,—no tengo más que decir.—Y al final, querido tito,—de esa tu bondad espero—me mandes algún dinero—ya que soy tan erudito.....
Toda esta carta especial—el tito la descifró;—¡y diz que sólo dejó—de comprender... el final!

—¡Qué hermoso es Luisillo!—decía una visita de la casa.

—¡Es muy mono!—añadía el padre lleno de orgullo.

—Oye, Luisillo, ¿ya vas á la escuela?

—Sí, señor—responde el muchacho.

—¿Y qué pasas?

—La gramática..., la doctrina cristiana..., la aritmética...

—¡Hasta la aritmética! Vamos á ver si sabes responder á una pregunta que voy á hacerte: ¿uno y uno cuántos hacen?

Luisillo, después de meditar un rato:

—Uno y uno hacen tres.

—Ya ves—dice el padre,—la pobre criatura sólo se ha equivocado de un punto.

—Doña Mercedes despide á su criada, y recibe á otra que es una gallega más desarrollada en lo físico que en lo moral.

—Mira, Dominga, yo te daré 60 reales, y además te vestiré.

—Está bien, señora, me conformo con los 60 reales y con que usted me vista.

A la mañana siguiente llama doña Mercedes á su criada; nadie responde. Vuelve á llamar; el mismo silencio. Comienza de nuevo, y nadie acude.

Inquieta la señora, se levanta y va por sí misma al cuarto de su criada.

—Pero, Dominga, ¿no has oído que te llamo?

—Sí, señora; bien lo he oído; pero, según el trato, yo estaba esperando á que usted viniera á vestirme.

—Usted abre la marcha.

—No puede ser, mi sargento.

—¿Cómo! ¿Qué quiere decir eso de no querer obedecer?

—Perdone usted, mi sargento; obedecer sí quiero, pero no me es posible. ¿Cómo he de abrir yo la marcha si no me han dado la llave?



—¿Con que estás decidido á que rompamos nuestras relaciones?

—Sí.

—Eres el hombre más imbécil que conozco.

—No seré tanto, puesto que no me caso contigo.



—Te vi ayer paseando con Rosa y, francamente, creí que erais enemigas irreconciliables.

—En efecto; pero como hace tanto calor hemos roto el hielo.



—Se asegura que la duquesa tiene siete dientes postizos.

—Calumnia, amigo mío; no tiene más que cinco.

SUCEDIDOS Y ANÉCDOTAS

Estando embarazada María Eleonor de Brandeburgo, esposa de Gustavo el Grande, abrigábase en la corte la lisonjera esperanza de que daría un príncipe al Estado. Las circunstancias del parto prolongaron todavía aquella esperanza: sin embargo, salió á luz una niña. La princesa Catalina, hermana del rey, fué la encargada de anunciar al monarca el sexo del recién nacido. El rey no mostró sorpresa ni sentimiento.

— Demos gracias á Dios por todo, hermana mía; yo espero que esta niña no valdrá menos que un varón; de todos modos, es de creer que será lista, porque ha tenido la habilidad de engañarnos á todos.

No se engañó Gustavo; aquella niña fué la célebre Cristina, reina de Suecia, que nació en 8 de diciembre de 1626 y murió el 16 de abril de 1689.

Medio, parásito de Alejandro, decía á los cortesanos de este príncipe:

— Calumniad á vuestros enemigos sin miedo alguno, aunque puedan justificarse, porque siempre quedará contra ellos alguna impresión desventajosa; pueden curarse las heridas de la calumnia, pero quedan las cicatrices.

Cuando Mr. Bignon, hombre literato, pero muy rudo, fué nombrado bibliotecario del rey de Francia, Mr. de Argeman, que la colocaba muy bien, le dijo:

— Vamos, sobrino, que ahora tienes excelente coyuntura para aprender á leer.

En medio de la gran crisis de la guerra de los siete años, desertó uno de los soldados de Federico II. Fué cogido la víspera de una acción y llevado á la presencia del rey.

— ¿Por qué me abandonas?—le preguntó el monarca.

— Señor— contestó el soldado— veo tan mal parado vuestro pleito, que he creído prudente abandonar las filas.

— Está bien; pero sigue en ellas hasta mañana, y si el estado de mi causa no mejora, desertaremos juntos.

Un día de verano el ilustre Turena estaba con una ligera blusa tomando el fresco en un balcón, de espaldas á la sala. Uno de sus criados, tomándole por uno de sus compañeros, se le acerca quedito y le sienta una fuerte palmada en las nalgas.

El mariscal se vuelve al sentir tan brusca insinuación; el criado, confuso y aturdido, cae de rodillas á sus pies.

— ¡Ah, monseñor, creí que era Jorge!

— ¡Yal—dijo Turena—. Pero aun siendo Jorge, no debías pegar tan fuerte.

Carlos V solía decir que habla aprendido el italiano para hablar con el Papa; el español, para hablar con su madre; el inglés, para hablar con su tía; el alemán,

para hablar con sus amigos, y el francés, para hablar consigo mismo.

Desde que resolvi no tratar con necios—decía Cailly—casi no me trato con nadie.

El sabio Morin no visitaba á nadie, y solía decir:

— Los que me visitan me hacen mucho honor; los que no me visitan me dan mucho placer.

La víspera del día en que César fué asesinado, Marco Lépidio le tuvo convidado á cenar en su casa. Allí firmó varios despachos, estando sentado á la mesa, según tenía por costumbre. Mientras firmaba, estaban hablando de diversas materias los convidados, y uno de ellos preguntó cuál era la especie de muerte que podía considerarse como más dichosa. César, adelantándose á todos, contestó:

— ¡La más inesperada!

En este mundo no vivimos más que de ilusiones. Cuando los hombres y las cosas se nos aparecen en su propia realidad, se desvanece toda la poesía de la vida. Por esto Fontenelle, cercano al sepulcro, decía:

— Ya es hora de que me vaya, porque empiezo á ver las cosas tales como son.

El célebre Patru, anciano ya, salió de una grave enfermedad, que todos habían creído ser la última. Pasaba gran parte de su convalecencia en la cama; sus amigos le instaban para que se levantara.

— ¡Ay, señores—les contestaba,—creo que no vale la pena de vestirme!

Tenía noventa años.

El sofista Gorgias pronunció un discurso que habla compuesto sobre las ventajas de la concordia.

— ¡Chistoso orador!—exclamó Melanthe—que viene á predicar la paz á la Grecia, no habiendo podido establecerla en su pequeña familia, compuesta de él, de su mujer y de su criada.

Memnon, general de Darío durante la guerra contra Alejandro, oyendo cierto día á un soldado que injuriaba á este general, le pegó con la lanza, diciéndole:

— Te pago para pelear contra Alejandro, no para injuriarle.

El día en que se representó por primera vez el *Orestes*, tragedia de Voltaire, el empresario tuvo la ocurrencia de hacer imprimir en los billetes de entrada las iniciales O. T. P. Q. M. U. D., que son las de las palabras que componen el sabido verso de Horacio:

Omne Tulit Punctum Qui Misquit Utile Dulci,

que también se hallaban escritas en el telón de boca del teatro en aquella época. Dichas iniciales fueron interpretadas por los epigramistas de la manera siguiente.

Orestes, Tragedia Pobre Qué Monsier Voltaire Dall!



—Ande usted, so granuja; á la Comisaria.
 ¿Por qué has robado esa sortija del escapate?
 —Señor guardia, si es que ponía «de ocasión».



—Indudablemente, la maternidad da mucho atractivo á la mujer. Si mi madre no hubiera tenido hijos, la habría querido yo mucho menos.



—Nada, detenidos; por aquí no se permiten pa-ejas; son sitios muy solitarios.
 —¡Y qué mejor para los sitios que las parejas!



—De manera, ¿que vas á batirte otra vez?
 —Sí, hombre.
 —¿Y qué? Las condiciones son iguales.
 —No lo son, porque yo tengo mucho más miedo que mi adversario.



—Pero, chiquillo; ¡voy á darte una tunda. ¿Qué haces, que vas recorriendo todas las habitaciones?
 —Es que me ha dicho el médico que cambie de aires con frecuencia.



Al hombre de goma vi
su trabajo, y me gustó,
aun cuando sospecho yo
que da muy poco de sí.

—Mujer, me voy á comprar
un martillo. —¿Para qué?
—Para los ratos que esté
con ganas de trabajar.
—Mira, no te lo consiento —
dijo ella con presteza,
y él, por darle en la cabeza,
compró el martillo al momento.

Al circo fué á ver las riñas
de gallos cierto curioso;
allí, á varios señoritos,
armaron bronca unos gollos,
y á más de riñas de gallos
hubo carreras de pollos.

Con un médico afamado
casóse cierta chiquilla,
y al mes, toda la vajilla
habían estropeado.

Por lo cual, sin extrañeza
oi decir al marido
que su mujer ha tenido
tres fuentes en la cabeza.

—Que me pongan cero espero
en el Instituto, si
hoy doy lección yo primero.
—¿Si me llamasen á mí
me pondrían bajo cero!

Desde la pequeña puerta
que en la huerta construí,
puerta cual yo nunca vi
tan pequeña en una huerta,
ahora de decir acabo
á un cavador medio loco:
—Entre usted, y cave un poco —
y me contestó: —No cavo.

Cosas que sacan de quicio
son cuanto en quintas sucede.
Logra ser el que más puede...
inútil para el servicio.

Un bastonero afamado
ha traído del terruño
á un montañés por criado;
piensa meterle en un puño.

José María Solís.

Entre los mahometanos jamás se
presentan las mujeres en público
sin llevar cubierto el rostro con un
velo; frecuentemente sucede que un
novio no conoce el semblante de la
que va á ser su esposa.

Un emir se casó, y el día que des-
cubrió la cara de su mujer, vió con
sentimiento que era muy fea.

Según costumbre oriental, al si-
guiente día de la boda la mujer pre-
guntó á su esposo:

—¿A qué amigos me permites pre-
sentarme sin velos?

—A todo el mundo menos á mí.



—¡Ay, duque! Me llama usted
hermosa, y no ha observado que
tengo ya una arruga.

—¿Una arruga? Eso es una
sonrisa que tiene usted en la
piel.

Entre padre é hijo:

—¿Qué quieres tú ser cuando seas
grande?

—Quiero hacer almanagues.

—¿Y para qué?

—Para poner tres domingos cada
semana.

En un tribunal:

El presidente. —¿De modo que
confiesa usted haber fabricado mo-
neda falsa?

El acusado. —Póngase V. S. en
mi lugar; ¿qué hubiera hecho si
careciere de moneda buena?

Novelas comprimidas

publicada por este semanario.

Es la única Biblioteca que por
sólo 20 céntimos ha publicado nove-
las de autores de reconocida fama.

Tomos publicados:

¡Chamorro!... (novela terrorífica),
por Luis Tabcada.

Estertores azules (novela opales-
cente), por Juan Pérez Zúñiga.

El penúltimo de los Austrias, ó la
tapada de Aranjuez (parodia de
la novela histórica), por Luis de
Tapia.

Las lágrimas de Hortensia (para-
dia de la novela pasional france-
sa), por Luis Gabaldón.

La bella Pingueiro (parodia de la
novela de costumbres), por Anto-
nio Casero.

La isla de los bistekes (parodia de
la novela de viajes), por Juan Pé-
rez Zúñiga.

La cofradía botijil (novela dedica-
da á los verancantes), por R. Mes-
tre Martínez.

La peluca rubia, por Félix Limen-
doux.

La revolución del 0,75, por A. R.
Bonnat.

En el fondo de la mina, por Luis
de Tapia.

¡Toribio, saca la lengua!, ó la pe-
riodista, por Carlos Miranda (un
reporter).

El verano de don Holofernes, por
Manuel Soriano.

Los pedidos á la Administración de
este periódico.

Ramona Hillan

Ultimos figurines.

Corte y confección de vestidos de
señoras.

Calle de Hortaleza, 6.

TAQUIGRAFO, mecanógrafo y
con buena letra para secre-
taria particular ó bureau mercan-
til, se ofrece con referencias. Diri-
girse á Lista Correos, G. G. H.

varios individuos que habían constituido una sociedad de intemperancia, no autorizada, naturalmente, por las autoridades.

Al preguntarle yo qué clase de *socios* eran aquellos, el tambero fué franco y me habló de esta manera:

—Casi todos los que aquí vienen, y que suelen hacerlo en número de veinte ó treinta, son zapateros de oficio, buena gente toda, que bebe, baila, canta y se divierte.

—Pero se me figura—objeté yo,—que de algo más tratarán cuando se encierran en ese cuarto.

—¡Cá, hombre! Es que no les gusta que venga algún extraño á aguarles la fiesta ó el vino, que para ellos es la misma cosa.

—Pero á mí lo que me choca es que siempre se reúnen un mismo día de la semana.

—Claro, como que son zapateros, y su domingo es el lunes, el lunes es cuando se divierten.

Aunque yo no pertenecía al gremio de San Crispín, llevado por la curiosidad hice todo lo posible porque se me admitiese en ella, y lo conseguí, y ahora les voy á contar lo que hacemos en las tenidas blancas y tintas de esta sociedad masónico-vinicola.

Lo primero era beber en abundancia y luego, entre copa y copa, cantar coplas denigrantes para el Gobierno ó simplemente canciones populares como la de

Mambrú se fué á la guerra,
montado en una perra,

ó bien,

¡A beber, á beber y á apurar
las copas del licor!

La sociedad de *Los Hijos de Baco* (así se denominaba), tenía

un limosnero encargada de recaudar la cuota que todos los lunes abonaban los socios, así como las multas en que incurrian por faltas al reglamento. Este ordenaba expresamente que se bebiese con aseo, sin levantar las patas por alto, y mucho menos ponerlas encima de la mesa.

Cuando había brindis, era preciso hacer la libación cogiéndose la punta de las narices con el pulgar y el índice de la mano izquierda, y una vez vaciado el vaso, había que dar con él tres golpes en la mesa para pedir más bebida al hermano escanciador en jefe. El que faltaba á cualquiera de estos requisitos pagaba una multa.

Teníamos como emblema de la orden una bandera con una figura muy grotesca, representando á Baco, montado en un tonel, con la siguiente divisa: *Baco será mi capitán*. La contraseña individual consistía en poner el puño cerrado junto á la boca, sujetando el pulgar con los labios, como si se chupase el dedo, y después de empinar un poco el codo, se decía: *Hay que beber, hermano*, á lo cual respondía el aludido haciendo igual movimiento con la mano: *Dispuesta tengo la mano*.

Los hermanos que no teníamos grado ó cargo especial en la cofradía ostentábamos el título de *copadores simples*, por aquello de las copas que, con gran sencillez ó naturalidad si se quiere, trasegábamos al estómago.

Cuando ingresé en la hermandad, el hermano mayor me inició en los secretos fines de la misma, echándome este discurso:

—Neófito: nuestros fines no pueden ser más nobles. Aquí sólo se trata de beber lo que se puede y otro tanto más. Por esta causa, estimado novicio, solemos salir algo mareados de nuestras asambleas, y ¡ay!, hay hermano que se queda por ahí durmiendo ó va á que le administren cierta medicina, que se

usa también para quitar manchas de la ropa. En evitación de tan grave contratiempo, en cada reunión se nombran dos *vigilantes* por turno riguroso, que tienen por obligación auxiliar á los cuidados y acompañarlos á su casa, ó.. al depósito de cadáveres. A fin de que los vigilantes puedan cumplir con su cometido, nuestro reglamento ordena que el día que estén de guardia se libren muy bien de beber más de catorce copas, y media de aguardiente ó, si lo prefieren, treinta y cinco medios chicos de vino bautizado por el hermano limosnero y por este cura, pues como sacerdote me considero cuando se trata de hacer obras tan benéficas como la de aguardar el vino para que no se *embriaguem* los hermanos de servicio. ¡Guay de vos, gran Perico, si faltáis á lo estatuido! La hermandad se verá precisada á demandarle criminalmente ante los tribunales ó bien le degollará y conservará su cadáver en un tonel de alcohol para ejemplo de las futuras generaciones. He dicho y soplemos, digo bebamos.

Y en vez de un espaldarazo me atizaron media arroba de vino para que se me iluminase el cerebro y pudiese contestar á mi jefe.

Yo no me mordi la lengua, y hablé muy mal del Gobierno por eso del impuesto de alcoholes y por lo caro de toda clase de bebidas, asunto que fué muy del gusto de mi auditorio, quien demostró su entusiasmo vaciando unos cuantos francos más.

Todo marchaba bien, hasta que un día se me acercó un individuo de no muy buena catadura, armado de un bastón con honores de garrote y me interrogó con muy buenos modos:

—¿Quién usted decirme qué clase de sociedad es esa á la que usted pertenece?

—¿Sociedad?—respondí extrañado.—No es sociedad; es un

que se trataba de una mujer. Al escuchar esto no pude contenerme y exclamé:

—¡Cómo! ¿Es posible que á sus años sea usted capaz de decir que la portera pertenece al género femenino? Lo más que la concedo es que pertenezca al género epiceno ó ambiguo. ¡Eso no es una mujer; eso es una harpía!

—Pero la pobre estaba tranquila cuando usted se metió con ella.

—¡Es una embustera!

En esto terció en la conversación una vecina, diciendo:

—¡Qué hombre tan grosero! ¡Es más ordinario que la suela de sus chanclas!

—¿Qué tiene usted que decir de mis chanclas—repuse—. Tenga cuidado no se las vaya á encontrar en algún sitio muy necesario para sentarse.

La mujer y el viejo, que me vieron serio, se acordaron de la portera y me dejaron en paz, pero como dije antes tuve que abandonar el barrio y buscar nuevo campo para mis travessuras.

CAPÍTULO XI

LA HERMANDAD DE INTemperancia DE LOS HERMANOS DE BACO



uando me mudé de barrio fuí á parar de huésped á casa de un tabernero, que por lo que ver pude, á los pocos días tenía más miedo á los polizontes que á los toros de Mirra. Y la cosa no era para menos, porque su establecimiento era el domicilio y centro de reunión de

ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

Ponte junto al corazón
lectora, mi *prima* bella,
que es gloria de una nación
y entre las flores destella.
No lo encuentras en España,
pero si á otros mundos vas
de mi *segunda* la saña
si la ves, en vano huirás.
Ciudad es el todo....., pero
ya que es fácil, dame gusto,
..... es el todo: justo,
ponlo tú en ese agujero.

Mi *primera* es una letra,
otra letra mi *segunda*,
otra letra mi *tercera*,
y es muy agradable fruta
mi *primera* con mi *cuarta*,
y el todo también me gusta.
y en el tocador lo tienen
las más elegantes turcas,
y la gente de buen tono
que se acicala y perfuma.

Es mi *tercia* con mi *prima*
una flor de primavera
que en plural es un encanto
en el rostro de las bellas.
Un objeto de cocina
es *prima*, *segunda* y *tercia*,
y el todo, caro lector,
es propio de mi morena.

ADIVINANZA

por *Leonarda Ordoño*.

—¿Cuál es la santa que se asemeja más al huevo?

PASATIEMPOS JEROGLIFICOS
2 CO CH CH D . 2 á 2.

DEDO

Soluciones correspondientes á las charadas insertas en el número anterior:

Al problema: 4720.

Al triángulo:

g u s a n o
u s a d o
s a l a
a d a
n o
o

Al pasatiempo jerooglífico:

MONOSilaba.

A la conversación: *Paisano*.

A las charadas:

A la 1.^a, *Oleo*.

A la 2.^a, *Rosario*.

El semanario *MONOS* es, de cuantos se publican en España, el ilustrado por mayor número de caricaturistas.

Dibujan en él: *ALMOGUERA, ARVERAS, AZOR, BENIGNO, BLAS, BONET, FAUNO, KARIKATO, GRAU, MARQUEZ, MARFFA, MÉNDEZ ALVAREZ, MICO, PLAZA, RAMÍREZ, ROBERT, SALAZAR, SANCHO, TUR, VILLAR*, etcétera, etc.

Se admiten anuncios en nuestras oficinas y en todas las empresas de publicidad. Precio: una peseta línea por columna.

Admitimos suscripciones por meses sueltos únicamente en Madrid, al precio de 0,75 al mes. Pero éstas no gozarán de los beneficios reservados á los demás abonados.

TODOS LOS CHISTES QUE NO SEAN DE PAGO PUEDEN VENIR SIN NECESIDAD DE ACOMPAÑAR CUPÓN.

EN LOS CUPONES DE LOS QUE SE DESEEN COBRAR PÓNGASE EL TÍTULO DEL CHISTE.

Encargado de la venta de *MONOS* en Madrid: José Lerin. Abada, 22, y kiosco frente á Apolo.

Imprenta.—Mendizábal, 6.

DENTADURA blanca y sana; no más caries con DENTY-CURA.

Precio: 25 céntimos.

1.-DESENGAÑO.-1

LA IODHYRINE del DOCTOR DESCHAMP
(Sofos púlsiles)
HACE ADELGAZAR
progresivamente en pocas semanas
De sí Especifico por Excepción de la

OBESIDAD

Único producto serio, resultado absolutamente inofensivo.
Sin acción nociva sobre el Corazón, el Estómago, los Riñones. No deja seringue. Conviene á ambas sexos.
1.000 DUBOIS-LALUET, 7, Rue Jadin PARIS (France)
en todo el mundo en las Farmacias.
MEXICO: P. L. GRINI - J. LABADIE - CARLOS FELIXO - de N. LOPEZ

ANEMIA CLOROSIS

VINO TANICO

DE BAGNOLS-SAINT-JEAN

Reparador prescrito por los médicos de los Hospitales de París en todos los casos de debilitación, recomendado á los convalescentes, á los ancianos, á los niños debilitados y á las nodrizas extenuadas por las fatigas de la lactancia.
Phlego BESSIERE-DITELY 29, Rue de Petit-Château, Charanton (Seine) France.

DEBILIDAD LACTANCIA

Los Crímenes Célebres.

(MAGAZINE DE LA POLICIA)

Publicación sensacional.

Aparecerá en breve.

EQUÍVOCO



- Tenga usted la bondad de retirarse.
—Imposible, señorita; el que la sigue la mata.
—Es que La Mata es mi marido, caballero.